



WIGGO

Santo Grial del Underground



FABIANA PERALTA

zafiro[♥]

Índice

Portada

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Agradecimientos](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

[Capítulo treinta y dos](#)

[Capítulo treinta y tres](#)

[Capítulo treinta y cuatro](#)

[Capítulo treinta y cinco](#)

[Capítulo treinta y seis](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Referencias a las canciones](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Viggo habita en la oscuridad desde hace mucho tiempo y cree que sus dolorosos recuerdos son necesarios para no olvidar que merece cada día de sufrimiento.

Buscar un poco de paz sería lo más sensato, pero su dañado cerebro se empeña en todo lo contrario. En el Underground ha encontrado la forma de purgar su pena, pues dentro de la jaula se convierte en el propio verdugo de su destino.

Cuando sube al ring no lo hace por dinero; lo que desea es sufrir, sangrar, que lo golpeen..., aunque ciertamente ningún dolor físico parece ser suficiente para extirpar su eterna culpa.

Cuando Kaysa aparece en su vida, él intenta alejarla por mil razones que considera indiscutibles: ella es joven, dulce, inocente... y no necesita que nadie la lastime más de lo que ya está.

Sin embargo, aunque no se la pueda permitir, el cuerpo de Viggo sabe lo que quiere, y la quiere a ella. Por ese motivo rechazarla se ha convertido en un gran problema, pues ahora no sólo la desea sino que también podría estar enamorándose de ella.

VIGGO

Santo grial del Underground

Fabiana Peralta

zafiro 

Agradecimientos

Escribir no es un trabajo en el que uno salga de su casa para ir a cumplir con una jornada laboral y luego regrese; por eso, esta novela está dedicada a mi compañero de vida, con quien hace treinta y un años que comparto aventuras.

Amor, gracias por tu paciencia con mis descabellados horarios de trabajo, y por enseñarme todo lo que sé del amor; eres, sin duda, el engranaje necesario para que pueda dedicarme a lo que me dedico, porque siempre haces posible que todo funcione.

A mis hijos, a los que parí, y a los que luego ellos me regalaron. Luciano, Antonella, Nico y Ro, gracias por ser comprensivos cuando tengo que acabar de escribir y no puedo verlos, y sobre todo gracias por impulsarme a que continúe haciéndolo aun cuando saben que van a tener que decirme «y, ma... ¿terminaste?

Necesitamos verte y que nos cocines algo rico».

A mi Lola, mi nieta; desde que llegaste hace un año, nos cambiaste la vida a todos en esta familia.

A Esther y a Mireia, por su paciencia y su espera cuando les digo «un capítulo más y estará listo».

A todo ese ejército en la editorial, cuyos miembros son los encargados de la puesta a punto de mis novelas.

A vos, Kari; no te busqué, pero la vida se ocupó de presentarnos y cruzarnos en nuestros respectivos caminos. Me acompañas casi desde antes de que yo misma supiera quién era Fabiana Peralta y te convertiste en una persona muy especial para mí. Gracias por esos momentos en que sólo nosotras nos entendemos. Por cierto, ¿cuándo me invitas a probar tu tarta de ¡¡colibrí!!? Ja, ja, ja, ja. Por muchos más momentos desternillantes como ése, por muchos más

momentos buenos y, también, por otros que no lo sean tanto, porque es en esas situaciones cuando uno descubre el verdadero valor de las personas.

A las chicas que llevan adelante mis grupos en las redes sociales; mil gracias por la ayuda inestimable que me brindan, trabajando a diario para que nada decaiga. Me encantaría que viviesen al lado de mi casa para poder verlas a diario.

Por último, quiero agradecer el apoyo y la lealtad de todos los *bloggers* y lectores, que han hecho posible que hoy tengan en sus manos mi decimotercer libro. Ustedes me acompañan desde que comenzó esta aventura, hace casi seis años, y a veces creo que un simple «gracias» no es suficiente para retribuirles todas las ocasiones en las que iluminan mi rostro cuando leo sus mensajes. Su entusiasmo y emoción es la razón por la que cada día me siento frente al ordenador a escribir.

Dicho todo esto, ahora los invito a que juntos nos sumerjamos en los oscuros pasillos del *underground*. Espero que esta nueva aventura los deje con ganas de mucho más.

Nos volvemos a encontrar en la próxima historia.

*Es sencillo, si quieres lograr lo que te propones y que
las
cosas te salgan bien, debes estar siempre en movi-
miento,
en búsqueda permanente de tus deseos. Quedarte
sentado
esperando que algo pase sólo te hará perder el tiempo.
Si
quieres alcanzar lo que quieres, debes salir a buscarlo y
esforzarte hasta encontrarlo. Que no te detenga el mie-
do,
pues al final a lo único que debes temerle es a quedarte
de
brazos cruzados y a no poder llegar hasta el lugar que
deseas.*

GEORGE EDWARD WOODBERRY

Prólogo

Sebastopol, Crimea, año 2014

Cuando estaba a punto de terminar el mes de febrero aparecieron hombres enmascarados con uniformes no acreditados en el centro político de la península, y se apoderaron de los edificios gubernamentales y del aeropuerto, sitiando las bases del Ejército ucraniano.

Después de una relación marcada por la enemistad y la sospecha, finalmente, tras la organización de un rápido memorándum que no fue reconocido por la comunidad internacional, la República Autónoma de Crimea y la ciudad portuaria de Sebastopol fueron anexadas a Rusia, y no constituía ningún secreto que muchos de sus habitantes vivían atemorizados ante un posible estallido de guerra entre Ucrania y Rusia, puesto que el mundo exterior consideraba que la segunda había robado un pedazo de la primera.

Meses después, la tensión en Crimea aún continuaba.

Cabe destacar que una parte de la población estuvo de acuerdo con la intervención de Moscú, así que la división política en la ciudad era abiertamente preocupante; sin embargo, lo más inquietante era la situación de los pequeños comerciantes del lugar, puesto que antes, para poder trabajar, sólo debían negociar con bandidos —ya que la mafia ruso-ucraniana hacía tiempo que había arrojado sus redes allí, y las facciones se establecieron con fuerza tras la caída de la Unión Soviética—, pero en ese momento, además, debían hacerlo también con la policía rusa, y todo era tres veces más caro que en el pasado. Toda esa situación había sumido la ciudad, que siempre había estado sostenida por el turismo, en un gran paro, ya que nadie quería visitar un sitio flanqueado por milicias.

En los alrededores se podía advertir la fuerte custodia por parte de las tropas.

Militares uniformados, y otros hombres que usaban casacas verdes y portaban armas, patrullaban la zona con el fin de evitar un posible ataque del Ejército ucraniano, ya que dichas tropas consideraban ilegal el proceso de adhesión rusa; lo cierto era que, a pesar de parecer integrantes de las Fuerzas Armadas de Rusia, y de utilizar el mismo tipo de armamento, sólo se trataba de grupos de autodefensa locales, y que, según el propio presidente de la Federación Rusa, nada tenían que ver con los regimientos de esa nación.

Por tal motivo, y dadas las complejas circunstancias, que saltaban a la vista, algunos de los habitantes de Sebastopol vivían angustiados y en un marco realmente incierto, sin saber si la ciudad se convertiría en la nueva Kosovo o en la nueva Bosnia.

Los padres de Ekaterina trabajaban muy duro para que ella y su hermano pudieran gozar de la educación que ellos nunca tuvieron; desde hacía años, regentaban un pequeño restaurante que en ese momento intentaba, con mucho ahínco, sobrevivir a las continuas crisis económicas que, año tras año, azotaban a los ucranianos, diezmando sus ingresos, pues Dmytro Zelenko, el patriarca de la familia, era un luchador incansable, al igual que Nadya, su mujer. El matrimonio no se detenía ante ninguna adversidad con tal de sacarlos a todos a flote, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para conseguirlo, para lograr un futuro digno para sus hijos.

Esa noche, después de cerrar el local de comidas, la familia se trasladó al comedor en la casa que Dmytro y Nadya habían construido junto a su negocio.

Allí, en un ambiente tenso, el padre se sentó en la cabecera de la mesa y comenzó a hablar, y su voz sonó grave y determinante, pillando por sorpresa a sus hijos con un anuncio.

—Bohdan, Ekaterina, vuestra madre y yo hemos tomado una decisión y queremos hacéroslo saber. Hemos resuelto dejar Sebastopol y trasladarnos a Kiev.

—¿Y el restaurante? Papá, tus sueños están aquí... —intervino Ekaterina, sabiendo que lo que decía era muy cierto.

—Podemos empezar de nuevo allí. Tu padre y yo creemos que éste ya no es un lugar seguro para que vosotros crezcáis y os forméis —acotó Nadya, sin dejar que su esposo respondiera, y le hizo una seña imperceptible a la muchacha para que se callara.

—De todas formas, hace tiempo que aquí las cosas no están yendo bien, así que partir de cero en una ciudad donde todo funciona correctamente no resultará tan difícil —explicó Dmytro, pero por alguna razón no parecía muy convencido—. Tenemos algunos ahorros —añadió—; eso será suficiente para que podamos volver a empezar.

»Bohdan, hijo, te noto inquieto y sé que quieres decir algo.

—Ya te he comentado infinidad de veces que quiero dejar de estudiar y ayudar en el negocio, pero tú, papá, no me escuchas. Muchos de mis amigos trabajan para echarles una mano a sus familias, no sé por qué no me lo permites.

—¿Cuál sería la diferencia? Sabes perfectamente que tu madre y yo nos arreglamos sin problemas en el restaurante; como has dicho, ya hemos hablado de ello, y tú y tu hermana sólo debéis centraros en obtener una licenciatura... Eso os dará mejores posibilidades de empleo. Este año cumples los dieciocho años y ya has obtenido tu título de secundaria superior —Dmytro apoyó una mano en el hombro de su primogénito y le dio un ligero apretón—, por lo que,

en Kiev, podrás acceder a tu posgrado y terminarlo, Bohdan.

—Padre, si yo trabajo con vosotros, podremos agregar más mesas y atender a más turistas; de esa manera, el dinero que entrará en casa será mayor y no nos veremos obligados a irnos de Sebastopol.

—Ya no hay lugar aquí para nosotros. Sé que amas esta ciudad, porque es el lugar donde tú y tu hermana habéis nacido, y agradezco, además, tus buenas intenciones, hijo, pero no seamos soñadores y aún menos necios... Por mucho que transformemos el local, ¿quién querrá venir a visitar Sebastopol si este sitio se ha convertido en una ciudad infestada de grupos armados y estamos bajo la amenaza del estallido de una guerra en cualquier momento? Este negocio ha dejado de ser rentable en Sebastopol —afirmó refiriéndose al restaurante—; sólo trabajamos con algún que otro lugareño que pasa a por una comida rápida. Las mesas sobran, Bohdan, ¿qué sentido tendría agregar más si las que hay casi nunca se llenan?

—Tiene que haber otra salida, papá.

—No la hay, hijo; la única que nos queda es irnos y recomenzar.

»Ekaterina, ve con tu madre y comenzad a empaquetarlo todo. Tú, muchacho, ayúdame a empapelar las vidrieras del local; cuanto antes lo dejemos todo listo, antes podremos marcharnos. El tío Marko, que como bien sabéis vive en Kiev desde hace dos años, ya nos ha encontrado un apartamento en el que instalarnos hasta que hallemos un buen lugar donde abrir un nuevo restaurante.

—Ven, hija. He conseguido algunas cajas, así que embalaremos sólo lo necesario y dejaremos aquí los muebles —explicó Nadya—. Tu padre ya tiene comprador y, con lo que obtenga por ellos, podremos adquirir otros en Kiev. No te aflijas... —la tomó por el hombro y besó su sien—, estaremos bien.

—¿Cuándo nos vamos? —se atrevió a preguntar la chica, abatida por toda la situación.

—Esperamos poder hacerlo mañana mismo —indicó el padre.

—¡¿Tan pronto?! Creía que al menos podría despedirme de mis amigos.

—La situación está difícil, Ekaterina —refirió la madre—; necesitamos dejar esta ciudad a la mayor brevedad, antes de que las fronteras se cierren a cal y canto y ya no podemos salir de aquí.

—Aún hay puntos fronterizos débiles, debemos apresurarnos —concluyó Dmytro.

En un par de horas, la camioneta estuvo cargada con lo indispensable. Dmytro tenía planeado levantarse muy temprano al día siguiente para poder negociar la venta de los muebles con el comprador que ya tenía, y luego emprenderían el viaje tal y como lo habían planeado.

Aunque Ekaterina sabía que sus progenitores tenían razón, ya que no era ajena a la situación que se vivía en su ciudad natal, no podía dejar de sentirse angustiada. La incertidumbre de dejar atrás el sitio donde había crecido la hacía sentir muy triste y no podía verlo con la objetividad que sus padres le solicitaban. Con tan sólo quince años, muchas veces es difícil ser ecuánime, y ella no era la excepción. Bohdan tampoco estaba conforme con la decisión; de hecho, cuando su padre le permitió hablar, dejó clara su postura, y por eso a simple vista se notaba su pésimo humor, pues el joven no se preocupaba por ocultarlo. Él tampoco quería marcharse, puesto que en esa ciudad portuaria estaba toda la vida que conocía; aquél era el sitio donde, aunque no siempre, habían sido felices.

—Id a descansar —ordenó Dmytro cuando todo estuvo concluido—. Mañana emprenderemos el viaje y conquistaremos una nueva vida, una mucho mejor para todos, y cambiad esas caras: si no creyera que esto es lo mejor para mi familia, no nos iríamos...

De pronto, unos golpes en la puerta interrumpieron su discurso; él se acercó a mirar por una rendija de la cortina de la ventana antes de abrir y, al ver de quién se trataba, una extraña expresión de preocupación asaltó su semblante.

Inmediatamente le ordenó a su esposa que se fueran todos dentro.

—¿Quién es, Dmytro?

—Me buscan a mí. —Nadya y su marido se miraron y parecieron comprenderse—. Id, encerraos en la habitación y no salgáis por nada.

— *Папа*, 1¿qué sucede? —preguntó Bohdan, que se percató de que algo no andaba bien—. Déjame quedarme contigo.

—Ve dentro con tu hermana y con tu madre; no discutas conmigo, haz lo que te digo.

Si bien las voces no eran de alguien conocido, Ekaterina captó claramente cómo su padre nombraba a un tal Vanko; sin embargo, no se podía oír con nitidez lo que decían, pero decidió quedarse callada y se abrazó a su madre.

—¿Quiénes son, mamá? —inquirió Bohdan—. ¿Por qué estás tan nerviosa?, ¿quién es ese Vanko al que papá ha mencionado?

Su hermano, que era más impulsivo que ella, no pensaba quedarse al margen y dejar de preguntar.

—Vosotros no os preocupéis; papá lo arreglará todo y mañana nos marcharemos muy lejos de aquí.

«¿Qué hay que arreglar? ¿Por eso nos vamos?», pensó Ekaterina, pero continuó en silencio, mientras su hermano negaba con la cabeza.

La muchacha miró con detenimiento la habitación de sus padres, que estaba pintada en tonos ocres. A ella siempre le había gustado ese sitio de la casa, ya que allí se había sentido segura toda su vida. A menudo, cuando era pequeña y alguna pesadilla nocturna invadía su descanso, acudía a esa estancia y se acurrucaba en la cama, en medio